

Yo he vivido el asesinato de un joven venezolano

María Teresa López Gago*

Son las doce y diez de la noche del 26 al 27 de octubre. Habito uno de los barrios de la periferia de Caracas: cientos de viviendas insalubres se apiñan en sus cerrros. Hay basura por cualquier sitio donde se mire; ya estamos familiarizados con las aguas negras y con su olor característico. Enfrente de mi casa, al lado de la escuela donde trabajo, se encuentra un basurero: cuando me asomo por la ventana de mi cuarto, es lo primero que contemplo: dos contenedores —para muchos cientos de personas— siempre repletos y rodeados de basura, ya que el «Servicio» del Aseo Urbano pasa de tarde en tarde. Los perros, que abundan por aquí juntamente con las ratas, revuelven y desparraman los desperdicios; a veces se les unen algunos mendigos, sobre todo viejitos —¡mendigos ancianos!— buscan latas vacías para vender, así como otras cosas que les puedan venir bien.

ESTE ES MI BARRIO

No es un paisaje precisamente agradable el que diviso a mi alrededor o cuando camino por estas calles o veredas de mi barrio: en ellas se mezcla la basura con las aguas negras, hay huecos por todas partes; es uno de los barrios marginales del oeste de Caracas —la capital de Venezuela, país donde abunda el petróleo, el hierro, la bauxita, el carbón, el oro; la Venezuela de los fértiles llanos, la que produce un inmenso potencial de energía eléctrica en las represas de sus ríos caudalosos...—; mi barrio se ha hecho famoso en una telenovela que pasan por cierto canal de televisión: eso y más ocurre aquí. Aunque no es lo mismo contemplarlo a través de una pantalla, cómodamente instalados en una casa confortable, que vivirlo conti-

nuamente al natural...; por ejemplo, casi nos hemos acostumbrado a escuchar tiros a cualquier hora de la noche y también del día.

Yo le pregunto a mis jóvenes alumnos qué les preocupa del barrio. Me llama la atención el que ninguno le «pare» a la basura, a los malos olores, a los huecos de nuestras destartadas calles, a la cantidad de escaleras que tienen que subir hasta llegar a sus casas muchos de ellos, a los inexistentes o ineficaces servicios públicos. No; a estos venezolanos que se están abriendo a la vida y que tienen —deberían tener— los mismos derechos que los «otros» venezolanos, les preocupa la inseguridad personal de su barrio: asesinatos, peleas, robos, droga, pandillas, malandros que campean a sus anchas... en esta «zona roja» de Caracas donde viven tantos venezolanos honrados, no entra la Policía Metropolitana; da la impresión de que aquí vivimos venezolanos de segunda o tercera categoría...

DETONACION Y MUERTE

También vivimos muy intensamente lo ocurrido el 27 de febrero del 89 e, igualmente, el 4 de febrero y el 27 de noviembre del 92. Este es mi barrio.

En esta noche del 26 al 27 de octubre, de repente, se oye una gran detonación, al lado de donde estoy; es impresionante, por lo cercana que ha sido, así como por su fuerte intensidad; parece como si la hubieran dirigido al lugar donde me encuentro, toda la casa ha retumbado como si el techo se viniera abajo. Al instante se oye una nueva detonación como la anterior; y después, otra y otra. Simultáneamente se perciben gritos a muy pocos metros de mí y se oye el ladrar de muchos perros, son como ladridos de sobresaltos y de miedo; estas detonaciones habrán sido percibidas a mucha distancia de aquí. No han sido disparos como los que se escuchan con

tanta frecuencia. ¿Habrá sido de metrallata o de qué? No entiendo mucho de armas y, en este momento, menos. El sobresalto, el miedo y la impresión me llevan a salir del cuarto rápidamente: temo que alguna ráfaga entre por la ventana, abierta en esta noche calurosa. Sigo oyendo muy cerca de mí los quejidos y lamentos de un moribundo: «¡Ay, mamá! ¡me han matado! ¡me muero!» Yo también grito: ¡«Dios mío! ¡Es horrible! ¡Lo han matado!»». Los quejidos se van apagando hasta que cesan. «Ya ha muerto», pensé. ¿Cuánto tiempo pasaría desde la primera detonación hasta su muerte? Escasamente un minuto; pero ese minuto se me hizo eterno en intensidad y en duración.

Me atrevo a mirar por la ventana. Ahí está tendido en el suelo: es un hombre, un hombre joven; los brazos casi extendidos en forma de cruz; puedo ver de qué color es cada prenda que lleva puesta. Cuando esta mañana se vistió, ¿pensaría que era la última vez que lo hacía?, se me ocurre pensar. En este momento, a mi lado, ha ocurrido una tragedia: acaba de morir un joven venezolano, le han arrebatado violentamente esa vida que le pertenecía y que estaba empezando a vivir. Y, a pesar de todo, la vida es hermosa... Hilvano estos pensamientos en medio del dolor y de la rebeldía impotente que siento por dentro. Los perros siguen ladrando: se acercan al cadáver, miran, pero no se atreven a acercarse y se alejan. Sangre joven venezolana ha caído en el sucio pavimento de mi calle. ¿Quién es él? ¿Dónde está su mamá? ¡Si yo pudiera buscarla y decirle que su hijo está ahí, muerto, solo... ¡Solo, no! Yo de alguna manera, lo acompaño y sufro por él. ¡Cuántas vidas venezolanas han sido arrancadas y lo seguirán siendo, como la de este joven que han matado aquí, ahora mismo, pienso, en medio de mi angustia. Encomiendo su alma a Dios: «Ya está a su lado», digo en alta voz; estoy segura: el sacrificio de su vida no ha sido en vano.

Si yo pudiera traer a su mamá acá, donde está muerto su hijo... sigo pensando; le diría que el último instante de su vida fue para ella, probablemente una mujer marginada por el hombre y por la sociedad; mujer fuerte y heroica de los barrios de Caracas y de las grandes ciudades del interior. A mi memoria viene aquella otra mujer fuerte, María, que sí tuvo la suerte de contemplar entre sus brazos a su hijo, también asesinado: a

* Religiosa Teresiana. Trabaja en el Colegio Enrique de Ossó, de Fe y Alegría

María y a su hijo Jesús encomendé a esta madre y a este hijo, anónimos para mí.

MUERTE EN ABANDONO

Es la una de la madrugada; ha transcurrido una hora desde que lo mataron y sigue tendido en el suelo ¿Por qué lo han matado? ¿Era un delincuente? ¿Dónde está la policía? ¿Quién lo acribilló de manera tan bárbara, tan inhumana?. «Tal vez la misma policía o un ajuste de cuentas», me dijo alguien, ya de día.

Junto a él pasan dos borrachitos, cada uno con su botella en la mano: ni siquiera lo ven. Se oye el ruido de un carro, ¿será la «Radio-patrulla»: no es y pasa de largo. Aún no me he repuesto de la impresión, de la angustia y del dolor; sigo rezando por él, por su mamá, por los que seguramente ahora están muriendo de forma violenta, en diversos lugares de Caracas: al día siguiente me entero de que, no lejos de aquí, han matado a otro hombre esta misma noche. ¡En los barrios marginales vivimos con miedo! ¡La gente está tomando una actitud pasiva de sufrimiento! ¡No hay derecho! ¡Me rebelo! Y viene a mi memoria la Constitución Nacional, que en estos días estoy comentando con mis

alumnos y que comienza invocando «la protección de Dios Todopoderoso» para el pueblo venezolano, la cual está decretada para amparar la dignidad humana, promover el bienestar general y la seguridad social; lograr la participación equitativa de todos en el disfrute de la riqueza, según los principios de la justicia social, y fomentar el desarrollo de la economía al servicio del hombre...».

Mi rebeldía aumenta, y mi impotencia también: —estos objetivos tan bellos y—, sobre todo, tan necesarios, no se están cumpliendo para una gran mayoría de venezolanos. ¿Qué hacen los que tienen como misión convertir en realidad estos y otros propósitos de nuestra Constitución? En esta noche y en tantas noches de tragedia para muchos venezolanos, ¿pueden dormir tranquilos? Esta sangre caída por tierra los acusa: yo la miro y le prometo ser de alguna manera, el eco de su acusación.

Mi reloj marca la una y media de la madrugada. Oigo hablar; veo, son tres muchachos que pasan; se dan cuenta que hay un hombre tirado en el suelo; se acercan, lo miran y comentan: «Está muerto, lo han matado» Y siguen su camino. Dentro de pocas horas, llegarán los alumnos; ¿tendrán que pasar al lado de este

joven muerto? A las dos llega una «Radio-patrulla». Bajan dos policías, con las metralletas apuntan por todas partes. Se acercan al cadáver, lo registran; por radio se ponen en contacto con otra patrulla que llega más tarde; los focos prendidos de los dos carros iluminan mi ventana. Llega un tercer carro del que se baja una mujer, me supongo que es la médico forense, observa el cadáver, lo toca; alguien hace varias fotos; elaboran un informe que comienza así: «en la puerta de la escuela...» y dicen el nombre de mi colegio que quedará unido para siempre a este joven, en los archivos policiales. Por último, se detiene un «carro-jaula» de la policía; abren la puerta de atrás y, entre dos, introducen el cadáver. Los carros arrancan, uno tras otro. Pero, ¿y la mancha de sangre? ¿quedará ahí? Cuando amanezca y lleguen mis alumnos, pasarán y la verán y casi tendrán que pisarla para entrar. Me fijo más y veo que ha desaparecido; sólo queda una leve mancha como de grasa, igual a otras muchas que abundan en el pavimento. Más tarde, un policía me dijo que echan un «ácido» para borrar el rastro de sangre.

... Y NO PASA NADA

Ya todo pasó; aquí, se entiende; dentro de poco, una madre llorará por siempre la muerte o la desaparición de su hijo... No puedo dormir; sigo obsesionada con lo que acabo de vivir. «No importa que fuera un delincuente, que no lo sé»: ¡Le han quitado la vida. Y vuelvo a recordar lo que dice nuestra Carta Magna: «El derecho a la vida es inviolable». ¡Qué ironía!

Amanece; el cerro se despierta; la gente baja al trabajo y pasan por donde hace unas horas, han segado la vida de un joven, no sabrán que los disparos que oyeron entre sueños lo mataron; sólo se han enterado los vecinos, que han vivido la tragedia mirando con sigilo, a través de sus ventanas, como yo. «Parece que no es de por aquí», se comenta en voz baja y con miedo. Alguien me dijo que, seguramente, utilizaron este lugar como paredón», al ser bastante solitario. Al oírlo, me estremezco: «La puerta de mi escuela, por donde entra diariamente la vida a raudales, la han convertido en paredón de la muerte».

¿Quién es este joven?, me pregunto una vez más. Suponiendo que fuera un delincuente, que no lo puedo asegurar, ¿por qué llegó hasta ahí?



NUEVO MUNDO

REVISTA DE ORIENTACION PASTORAL

Editada por los Hermanos Menores Capuchinos de Venezuela
Sirviendo al pueblo y construyendo el Reino en el NUEVO MUNDO

SUSCRIPCION

Venezuela 900 Bs; América 20 dólares USA;

Resto del mundo 25 dólares USA

DIRECCION

Apartado de correos 51.608 - Caracas 1050-A

Teléfono (02) 862 68 73

• • •

Centro Paulino, Salas a Caja de Agua, CARACAS

• • •

**Para estar al día en la dinámica teológica
y pastoral latinoamericanas**